



MAXIM WAHL

# HOTEL SAVOY

EL DESTINO  
DE UNA FAMILIA

Una novela encantadora  
ambientada en el hotel más  
glamuroso del mundo



  
ESPASA

MAXIM WAHL  
HOTEL SAVOY

Traducción de María José Díez Pérez



Título original: *Das Savoy Aufbruch einer Familie*

© Maxim Wahl, 2019

© Aufbau Verlag GmbH & Co. KG, Berlín, 2019

(Publicado por Aufbau Taschenbuch; Aufbau Taschenbuch es una marca registrada de Aufbau Verlag GmbH & Co. KG)

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Por esta edición:

Espasa Libros, S. L. U., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Canciones del interior:

Pág. 50: © «Someday I'll Find You», *Private Lives*, Noël Coward, 1930.

Pág. 229: © «Mondnacht», *Liederkreis, opus 39*, Robert Schumann, 1840.

Pág. 234: © «I Can Give You the Starlight», *The Dancing Years*, Ivor Novello y Christopher Hassall, 1939.

Primera edición: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-670-5971-7

Depósito legal: B. 6.780-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

# 1

## REVOLUCIÓN

La puerta se abrió. Latón bruñido y cristal grabado, madera oscura, de caoba, revistiendo las paredes. A sir Laurence no le hizo falta detenerse para percatarse de las manchas que deslucían los pomos de latón, habría que limpiarlas ese mismo día sin falta. Columnas de mármol, mitad negras y mitad color marfil; el papel pintado dorado lo habían cambiado hacía tan sólo dos años. Un friso en el que se distinguían unas deidades juveniles coronaba la escalera de madera.

Sir Laurence Wilder era el rey de ese palacio, e igual que hacía más de un rey, de vez en cuando se paseaba por su reino a hurtadillas, sin que nadie lo reconociera. En ese momento constató que, junto a la puerta batiente, el conserje no adoptaba la postura adecuada y, junto a la recepción, el mayordomo estaba distraído. El jefe de mayordomos de Larry tendría que haberse dado cuenta hacía rato de que había entrado y haberle hecho una señal imperceptible a un botones para que se acercase a él y le preguntara si deseaba algún periódico o cigarrillos, tal vez entradas

para el teatro. Quedaban entradas a un precio exorbitante para el Sadler's Wells, donde Gielgud representaba *Noche de Reyes*. Sin embargo, el señor Sykes, el mayordomo de más antigüedad, en lugar de reparar en el caballero con traje de lino y gafas de sol, conversaba con lady Edith, la duquesa de Londonderry, una dama con el cabello negro como el azabache, los hombros caídos y ojos tristes de color violeta. A Larry le habría gustado presentar sus respetos a lady Edith, pero prefirió seguir de incógnito. El sombrero de paja bien calado hasta la frente y las gafas negras lo volvían, por así decirlo, invisible. Todo el mundo conocía a sir Laurence de chaqué oscuro con chaleco gris y corbata color marfil. Admiraban su cabello gris aceraado, el bigote, que se recortaba a diario, y los ojos amarillos, siempre un tanto humedecidos, como si el hombre estuviese a punto de romper a llorar. Ello se debía a una molesta inflamación; en el bolsillo llevaba gotas para aliviarla. Aunque le conferían una apariencia bondadosa, a esos ojos no se les escapaba ningún detalle; sir Laurence tenía fama de ser capaz de distinguir desde una distancia de cincuenta metros si un cuadro estaba torcido.

Larry siguió caminando hacia la escalera. Sobre su cabeza, la araña de cristal era un aro dorado de luz que competía con el resplandeciente sol del que había disfrutado mientras daba un paseo por The Strand. Qué tontos parecían los caballeros ingleses, siempre con el paraguas colgado del brazo a pesar del tiempo tan magnífico que hacía. Los sonidos del vestíbulo en-

volvieron a sir Laurence. No eran un acorde claro, sino más bien tonos que nacían y se desvanecían: el entrecuchar de copas de un brandi temprano, el crujido de un sillón de piel, reluciente tras haberle aplicado grasa para lustrar sillas de montar, el remedio secreto que el propio Larry descubrió cuando aprendía el oficio de botones. En el salón de té, el volumen del trío de jazz subía y bajaba cada vez que los camareros, pres-tos, abrían la puerta batiente. Los violines de la terraza acristalada flotaban ahora indolentes en el aire, pues sir Laurence se había propuesto animar la orquesta del salón, cambiar el programa de una vez por todas. Nadie soportaba la cursilería vienesa en primavera. El canto delicado de los vestidos de seda de las damas, el crujido de las gabardinas y los chales. Larry llegó a la escalera.

Ahora como muy tarde debería haberlo abordado un botones o un mozo para preguntarle educadamente si podía ayudarlo en algo. Por el Savoy no podía pasarse sin más alguien a quien no se le hubiese perdido nada allí. El Savoy era un universo en sí mismo, que cada día vivía sus propias salida y puesta de sol. Allí trabajaban, eran atendidas, disfrutaban y se divertían personas que no sólo llegaban del mundo entero, sino que también representaban al mundo entero. La florista irlandesa que mantenía una relación con el barón dalmata; la cigarrera india y su terrier escocés; la viuda del ganadero americano; la institutriz austriaca; el tenor siciliano; el negociador judío; el capitán manco de la Real Fuerza Aérea; la escritora inglesa de novela ro-

mántica en francés; el diplomático alemán y, santo cielo, también la estenotipista, que a cambio de unos honorarios extra se colaba en la habitación del director general por la noche.

Sir Laurence conocía a muchos de ellos personalmente, la mayoría no estaba allí por primera vez. El Savoy era un hotel al que la gente volvía. Para quien se lo podía permitir, era como su casa. Lloyd George había invitado a comer allí a su gabinete, al rey Jorge le encantaban las galletitas con pepitas de chocolate que se servían en el salón de té y a los grandes del teatro sólo se los consideraba tales cuando los periodistas se arremolinaban a su alrededor en el distinguido Salón Clarence.

Mientras esperaba a que llegase el ascensor, sir Laurence se volvió hacia lady Edith. Sin duda era la mujer más hermosa que por aquel entonces honraba al Savoy. Tenía los ojos un tanto separados, la nariz demasiado pequeña y en la boca una expresión añiñada de obstinación, pero precisamente la suma de todas esas imperfecciones confería algo irresistible a la duquesa. Cuando lady Edith se alojaba allí, se podía contar con que ese mismo día aparecería el coche del primer ministro. La mayoría de las veces, Ramsay MacDonald accedía al Savoy por la entrada lateral, desde donde lo acompañaban directamente hasta la suite de la duquesa. Con el mirador con vistas al Támesis, la suite era la más romántica del hotel.

El ascensor llegó al vestíbulo, y el ascensorista abrió sin mirar a los ojos a sir Laurence. Eso era lo que se

enseñaba a los muchachos, que el huésped no debía sentirse observado por el personal. Sin embargo, ese ascensorista hizo una excepción.

—Buenos días, sir Laurence. —Su dedo, enfundado en el guante blanco, se quedó suspendido sobre el panel de botones—. ¿A la quinta, como siempre?

Puesto que lo había reconocido, Larry se quitó las gafas de sol. ¿Cómo se llamaba el muchacho, Emil o Erich? Era alemán, eso sí lo sabía, descarado, apuesto, delgado.

—¿Cuánto tiempo llevas ya con nosotros?

—En julio hará un año, señor.

—Un año ya, esto...

—Otto, señor.

—Lo sé.

El joven, correcto, se situó de espaldas a él. Otto había llegado al Savoy en 1931, un mal año, en general. La crisis de la economía mundial tampoco se había detenido ante el hotel. Las pernoctaciones habían disminuido, Laurence se había visto obligado a rebajar el precio de las habitaciones que no tenían vistas al Támesis. Aunque el gasto público se había reducido drásticamente, el gobierno no tenía controlada la difícil situación. Se habían recortado las pensiones y el subsidio por desempleo, a consecuencia de lo cual se habían declarado violentas huelgas. Y no sólo los sindicatos, incluso la Marina Real estaba en huelga. El primer ministro, laborista, había dimitido para después aceptar el nuevo encargo de formar un gobierno de unidad nacional que contaba con el apoyo de los



conservadores, debido a lo cual su propio partido lo había expulsado. El 31 de julio, el Banco de Inglaterra se había visto obligado a renunciar al patrón oro y, desde entonces, la libra se hallaba en caída libre y dependía de la oferta y la demanda del mercado de divisas.

Larry examinó el frasquito de agua de colonia que había en un rincón de la cabina. En la época calurosa del año, aquel perfume refrescante se encontraba a disposición de quien pudiera necesitarlo en una repisa minúscula junto a la cual se ofrecían pañuelos con el monograma de la casa. La costumbre hizo que cogiera un pañuelito, se sirviese del pulverizador y se aplicase delicadamente un poco de agua de colonia en la nuca.

—Hay que cambiar el frasco —dijo a Otto—. Está prácticamente vacío.

—Informaré a la señora Drake. —El ascensorista abrió la puerta de cristal y la reja extensible—. Quinta planta, señor.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste en casa, Otto? —preguntó Larry al bajarse.

—Hace una eternidad, señor.

—¿De dónde eres?

—De Múnich.

—La cosa está movida, con ese hombrecillo nuevo que tenéis en Múnich, ¿no es así?

—¿Qué cosa está movida, señor?

Larry saludó al muchacho con una inclinación de cabeza, enfiló el pasillo y abrió la puerta de sus habita-

ciones privadas. «Vivir en el hotel —pensaba cada vez que entraba en ellas—. Vivir en el hotel.»

—¿Desea desayunar, sir Laurence? —Dorothy Pyke pasó por delante de él.

¿Por qué esa mujer no era capaz de andar como andaban todas las mujeres? Era como si el ejército británico hubiese ocupado el edificio.

—¿Desayunar? —Se quitó la chaqueta—. Son las doce y media.

—Almorzar, entonces.

Dorothy vestía un traje de chaqueta entallado de rayas azules. Como concesión a la primavera, ese día lucía una blusa de color lila.

—No, gracias, sólo té. —En mangas de camisa, sir Laurence se sentó al escritorio y abrió el portafirmas—. Dígale a la señora Drake que hay que bruñir los pomos de las puertas de la entrada. Que utilice ese producto con zinc, de lo contrario las manchas estarán ahí otra vez mañana.

—Tiene que comer más —le aconsejó Dorothy desde la estancia contigua—. Debería hacer lo que dice el doctor.

—El doctor también dice que tengo una dolencia cardíaca. Y ambas cosas son absurdas. —Larry se puso a canturrear—: «*Ningún corazón es más leal que el tuyo*».

Su despacho estaba orientado hacia el oeste, y el salón daba al patio interior. A Laurence no le interesaban lo más mínimo las famosas vistas de Londres que tenía el Savoy. Quien quisiera disfrutarlas debía pagar un precio elevado por ello.

—No debería tomárselo a la ligera.

Larry levantó la vista: allí estaba ella, Dorothy Pyke, la asistente más joven que había visto nunca el hotel, y también la más bella. Era espigada y llevaba el cabello largo con raya al medio y peinado severamente hacia atrás, donde se perdía en unos alegres rizos al llegar a la nuca. A excepción de los labios, no se maquillaba. Fue hacia él con la taza de té humeante.

—¿Ya está listo el té? —Larry ladeó la cabeza—. ¿Es que hace usted magia?

—El señor Sykes lo ha visto entrar y ha llamado.

—Vaya, conqué mi jefe de mayordomos tiene ojos en la espalda...

Dorothy dio media vuelta para ir a por el correo. Sir Laurence bebió el primer sorbo de té.



Antes de abandonar el edificio de la BBC, Violet Mason besó a Max Hammersmith apasionadamente, como a él le gustaba que hiciera. Ardía en deseos de acostarse con ella pronto, aunque, para ser exactos, quería acostarse con ella desde hacía dos semanas, desde que le prodigó las primeras muestras de cariño. Para Violet no había nada más inspirador que trabajar para Max Hammersmith. Nadie la entendía mejor que él. Y Max estaba dispuesto a tolerar su falta de experiencia en el oficio porque le encantaba lo revolucionaria que era Violet a la hora de inventar

historias. La propia BBC era una revolución, la radio como medio de comunicación era una revolución, y Max necesitaba mentes jóvenes, creativos alocados como Violet, para alimentar la revolución. La juventud del medio se notaba, entre otras cosas, en que la nueva sede de la BBC todavía no estaba terminada. Aunque ya habían inaugurado el edificio de Portland Place, aún quedaban obras por llevar a cabo. Y esa circunstancia dio a Max la oportunidad de besar a Violet.

Tras grabar en el estudio B4, Violet se despidió de los locutores y Max la acompañó al ascensor. Antes de que llegaran a él, Max apartó la barrera que delimitaba las obras y llevó a Violet a la sala de la orquesta, donde unos pilares desnudos y fríos de hormigón permitían pronosticar que allí no tocaría ninguna orquesta hasta al cabo de bastante tiempo. Max se quitó las gafas, estrechó entre sus brazos a Violet y la besó en la boca. Max era enorme, y aunque se inclinó considerablemente, ella tuvo que ponerse de puntillas. Violet estaba entusiasmada por poder escribir para Max. Éste exigía textos con fuerza, cáusticos, sobre política actual, reportajes, piezas radiofónicas: no se ponían límites a las emisiones que atraían diariamente a millones de personas al aparato. Sin embargo, Violet no quería ascender profesionalmente de esa manera. No quería tener que devolver el favor a Max ejerciendo de amante. Durante las reuniones que celebraba la redacción, cuando intercambiaban palabras clave, era cuando se sentía más cerca de él. Nadie pensaba, nadie hablaba más rápido

que él, nadie sabía establecer vínculos con tanta crudeza como Max Hammersmith.

—Llego tarde —le susurró ella al oído.

Sin soltarla, él consultó el reloj.

—No, soy yo el que llega tarde. —Sus manos le recorrieron la cintura—. ¿Nos vemos esta tarde?

—No puedo.

—¿Se puede saber qué haces todas las puñeteras tardes de todos los puñeteros días? —gruñó afectuosamente.

—Sólo será una semana.

—Malgastas tus energías, Vi. —Le acarició el cabello—. Como decía mi tía Rachel, que era una mujer inteligente: «Un trasero no puede montar dos caballos».

—Me necesitan.

—¿Para qué? Es Shakespeare. ¿Es que quieren que reescribas a Shakespeare? —Al ver que ella no contestaba, Max le levantó el rostro—. Empiezo a pensar que tienes algo con uno de esos actores inútiles.

Violet sonrió. Qué idea tan absurda... Ella no tenía nada con ningún actor, ése no era el problema.

—Me tengo que ir, de verdad. —Se apartó con delicadeza.

—Yo también. —Él la soltó.

Violet tuvo la sensación de que lo decía para no quedarse allí plantado como un idiota enamorado.

—Bueno, pues hasta mañana.

—Sí, hasta mañana.

Max la acompañó al ascensor, pero no esperó a que la puerta se abriera, sino que echó a andar por el pasi-

llo. «Se ha llevado una decepción —pensó Violet—, no estoy siendo sincera con él. La semana que viene como muy tarde le contaré la verdad.»

Violet salió de la sede de la BBC por la entrada principal. Como la estación de metro de Regent's Park quedaba demasiado lejos para ir andando, paró un taxi. Semejante comodidad no se correspondía con su categoría salarial, pero evitaría que Gielgud le echara un sermón. John Gielgud, la estrella más rutilante de los escenarios londinenses, aborrecía la falta de puntualidad. También aborrecía el teatro Sadler's Wells, de reciente construcción, porque consideraba que la sala parecía una tarta nupcial mordisqueada y la acústica era espantosa. Pese a ello, Gielgud interpretaba allí a Shakespeare.

—A Arlington Way, al teatro —pidió Violet al taxista.

—En Arlington Way no hay ningún teatro —contestó el hombre, sin ponerse en marcha.

—Créame, lo hay, es nuevecito.

«Todo es nuevo —pensó mientras el FX3 negro arrancaba a trompicones—. Todo es nuevo en todas partes, y yo soy la mujer que está aquí desde el principio. Soy exactamente igual que Londres, conservadora y progresista al mismo tiempo. Educada en el conservadurismo, imbuida de valores convencionales que en este momento estoy tirando por la borda. Es peligroso..., pero sobre todo es estupendo.»

—Evite Kings Cross —le indicó al taxista—. A esta hora es complicado atravesar esa zona. Vaya por Argyle Street, gire dos veces a la derecha y lo verá.

Refunfuñando, el hombre torció al llegar al siguiente cruce. A pesar del atajo, Violet llegó tarde. No escaparía de la ira de Gielgud.



Éste llevaba puesto el traje tradicional de Malvolio. Cuando John Gielgud representaba a Shakespeare, no lo hacía a la manera tradicional. Gielgud era vanguardista. Las palabras de Shakespeare nunca habían sonado más frescas, más puras, más enérgicas. Mientras le leía la cartilla a Violet, ésta no pudo evitar reírse para sus adentros. Allí estaba el mejor actor de Inglaterra, con calzas y ligas cruzadas, sermoneándola. Por otro lado, Gielgud también era un perfeccionista, así que no perdería más de dos minutos en echarle la reprimenda a una dramaturga insignificante. Ese hombre funcionaba como un reloj. Comenzaba los ensayos con una puntualidad escrupulosa y los terminaba con mayor puntualidad aún. A la una de la tarde lo vencía el agotamiento, razón por la cual se echaba a dormir en su camerino, aunque hubiese que interrumpir la obra en mitad de una escena.

—Le pido disculpas, señor. No volverá a pasar —repuso Violet, tan compungida como esperaba Gielgud.

Éste asintió con altanería, los dos minutos habían transcurrido, y Malvolio echó a andar para salir a escena. Violet ocupó de prisa su sitio. Su cometido era actualizar en todo momento el libreto del apuntador. La representación era demasiado larga, y eso no se

podía permitir, pues de lo contrario el público perdería los autobuses de las diez de la noche. El propio Shakespeare comprendería que no se le podía hacer eso a la gente. Gielgud había subrayado pasajes enteros, y ese día los actores ensayaban las transiciones nuevas.

El regidor le hizo una seña a Violet por segunda vez. Absorta como estaba en el libro, ésta no se había dado cuenta, de manera que el hombre advirtió a la apuntadora, que propinó un empujoncito a Violet. Cuando levantó la vista, el regidor le dio a entender que tenía una llamada y se retiró de prisa; Gielgud se percató del alboroto.

—¡Gracias a mi estrella soy venturoso! —exclamó el actor con los brazos abiertos, mientras lanzaba una mirada severa al regidor—. ¡Gastaré calzas amarillas y me cruzaré las ligas sin más tardanza! ¡Loado sea Júpiter!

Violet escuchó el resto del monólogo desde la distancia. Se había escabullido sin hacer ruido por la puerta lateral de la sala y tenía el auricular pegado al oído.

—¿Qué le ha pasado a mi abuelo? —musitó.

Sir Laurence no era la clase de hombre al que uno imaginaba como abuelo. Violet lo conocía como la persona que se había fijado como meta ir siempre hacia delante. Incluso cuando tenía la edad de un patriarca, Larry parecía más joven que los jóvenes que lo rodeaban en su reino. Ese reino se hallaba a casi dos kilómetros del lugar del que ahora Violet se marchaba de prisa y corriendo. Ya podía ponerse furioso Gielgud, o incluso perder ella su empleo: nada le impediría ir corriendo al lado de su abuelo.